



WWF

INFORME

2018

El polvorín del noroeste

Propuesta ibérica de
WWF España y ANP / WWF Portugal
para la prevención de incendios 

ÍNDICE

Texto:
Lourdes Hernández

Revisión:
Enrique Segovia, Rui Barreira y
Luis Suárez, María Melero y Diego
Ramírez

Edición:
Amaya Asiaín y Guillermo
Prudencio

Diseño:
Eugenio Sánchez Sivela

Foto de portada:
Incendio de Viseu 2016. © Nuno
Andre Ferreira/EFE/Lafototeca.com

Publicado en julio de 2018 por
WWF/Adena (Madrid, España).
WWF/Adena agradece la
reproducción y divulgación de los
contenidos de esta publicación
(a excepción de las fotografías,
propiedad de los autores) en
cualquier tipo de medio, siempre
y cuando se cite expresamente
la fuente (título y propietario del
copyright).

© Texto: 2018, WWF/Adena.
Todos los derechos reservados.

WWF es una de las mayores y
más eficaces organizaciones
internacionales independientes
dedicadas a la conservación de la
naturaleza. WWF opera en más de
100 países, con el apoyo de cerca
de cinco millones de personas en
todo el mundo.

WWF trabaja por un planeta
vivo y su misión es detener la
degradación ambiental de la Tierra
y construir un futuro en el que
el ser humano viva en armonía
con la naturaleza: conservando
la diversidad biológica mundial,
asegurando que el uso de los
recursos naturales renovables
sea sostenible y promoviendo la
reducción de la contaminación y
del consumo desmedido.

INTRODUCCIÓN	1
NOROESTE IBÉRICO: TERRITORIO DE ALTO RIESGO	2
SUPERINCENDIOS Y CAMBIO CLIMÁTICO	8
¿QUÉ PASÓ EN 2017 EN EL NOROESTE IBÉRICO?	9
POLÍTICAS CONTRA LAS LLAMAS	12
LEYENDAS DEL FUEGO	15
PETICIONES DE WWF	18

WWF.ES/INCENDIOS2018

INTRODUCCIÓN

LOS INCENDIOS
HAN PASADO DE
SER UN PROBLEMA
FORESTAL A
CONVERTIRSE EN UNA
EMERGENCIA SOCIAL.

Los incendios forestales se han convertido en un desafío ambiental y económico cada vez más importante a nivel mundial. El año 2017 pasará a la historia como un año negro de incendios forestales a nivel global, confirmándose

la peligrosa tendencia de los superincendios alimentados por el cambio climático.

Portugal, California, Chile, España, Canadá o Australia han sufrido intensas oleadas de incendios que han dejado en total cerca de 200 víctimas mortales, cientos de heridos, miles de evacuados e incuantificables daños materiales y ambientales. Los incendios han dejado de ser un problema forestal o rural para convertirse en verdaderas emergencias sociales.

En el sur de Europa los efectos acumulativos del calentamiento global, la despoblación rural, el abandono de usos, la ausencia de gestión forestal, el caótico modelo de urbanismo y la arraigada cultura del fuego crean las condiciones perfectas para los grandes incendios. Muestra de ello es que en España, en 2017, el número de grandes incendios se incrementó casi en un 200% respecto a la media de los últimos diez años. Y en Portugal ardieron cerca de 440.000 hectáreas, un 400% más respecto a la última década.

El noroeste ibérico resultó especialmente afectado: a mediados de junio, un inmenso incendio dejó 64 muertos en Portugal, a los que se sumaron otros 43 en octubre. En Galicia, una oleada de incendios dejó 4 fallecidos y en Asturias y León miles de hectáreas ardieron en múltiples incendios simultáneos que desbordaron a los dispositivos de extinción y amenazaron numerosas poblaciones.

Esta situación no es nueva para la región. De forma recurrente, el centro y norte de Portugal, Galicia, Asturias, Zamora, León y Cantabria, arden. Ya lo hicieron en 1991, 1995, 1998, 2000, 2003, 2005, 2006, 2012 ó 2015. Lo novedoso de las terribles oleadas de incendios de 2017 en el noroeste fue que se produjeron a finales de junio y a mediados de octubre, fuera de la supuesta temporada de alto riesgo, que hasta ahora se reducía a julio y agosto. Incendios con un comportamiento explosivo y extremo, que se propagaron a gran velocidad. Estamos ante una nueva generación de incendios claramente vinculados al cambio climático y que provocan auténticas tormentas de fuego.

WWF analiza en este informe qué sucede en el noroeste ibérico para que arda en oleadas cada vez más peligrosas, sus causas y sus posibles soluciones. La respuesta ante este nuevo escenario no puede ser invertir más y más en dispositivos de extinción. Esta receta obsoleta ya no funciona. WWF analiza la situación en España y Portugal y hace una propuesta ibérica a ambos gobiernos: el problema de los superincendios debe atajarse de forma coordinada, con una propuesta de revitalización del territorio (independientemente de la administración competente en cada caso) que incluya políticas de desarrollo rural que fijen población y creen empleo y con el objetivo de conseguir bosques y paisajes más resistentes al cambio climático para que no los devore el fuego.

Si no se toman medidas urgentes, el cambio climático y las implacables consecuencias del abandono de los montes nos condenan a un futuro cada vez más negro: veranos con grandes incendios simultáneos, muy virulentos e imposibles de controlar por los medios de extinción, que planteen auténticas crisis nacionales.

Más información en la página web de WWF España (www.wwf.es/incendios) y en la de ANP|WWF Portugal (www.natureza-portugal.org/o_nosso_planeta/alteracoes_climaticas/incendios)

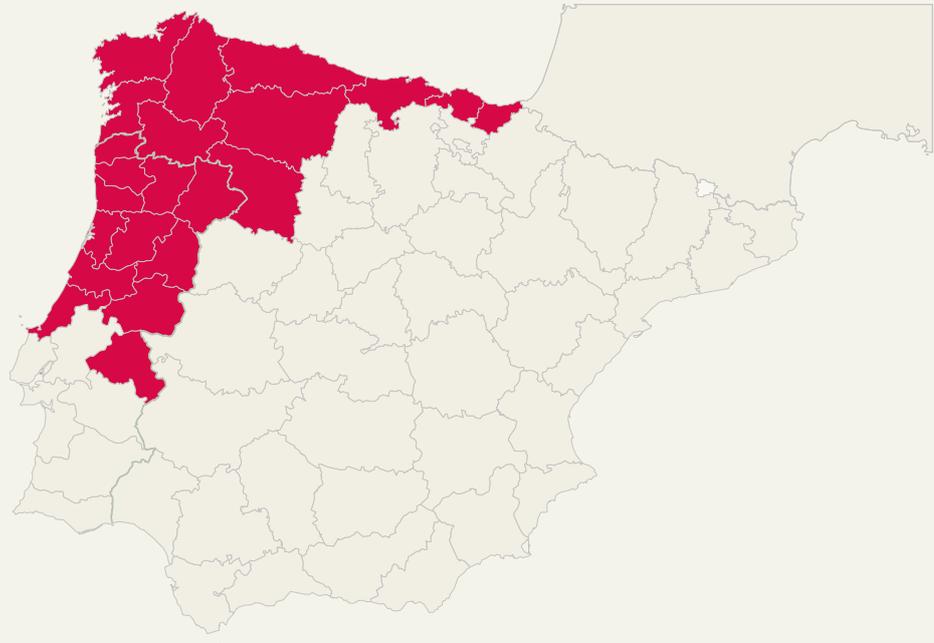
NOROESTE IBÉRICO: TERRITORIO DE ALTO RIEGO

QUIÉN PRENDE FUEGO Y POR QUÉ SE PROPAGA

El fuego es un viejo conocido en el norte y centro de Portugal, Galicia, Asturias, Cantabria y noroeste de Castilla y León. Sus montes arden año tras año, generalmente a través de pequeños incendios, al encontrar condiciones especialmente favorables a las llamas. En España, casi el 65% de los incendios se producen en el noroeste peninsular y, solo en

Galicia, el 50% del total, unos 6.000 siniestros al año. En Portugal, el año pasado, de los 16.981 siniestros registrados hasta el 31 de octubre, el 94%¹ ocurrieron al norte del Tajo.

Provincias que comprenden
el noroeste ibérico en
España y Portugal



Pero además, cada pocos años se dan las condiciones meteorológicas perfectas para que se produzca una crisis incendiaria inabordable, que pone en serio peligro a la población. Crisis que cada vez serán más frecuentes y peligrosas por los más que constatados efectos del cambio climático.

Pero, ¿por qué arde el noroeste año tras año? ¿Cómo, tratándose de una región húmeda, las llamas no dan tregua? ¿Por qué cada cierto tiempo se produce la tormenta de fuego perfecta? ¿Por qué cada vez tienen un mayor impacto sobre la población?

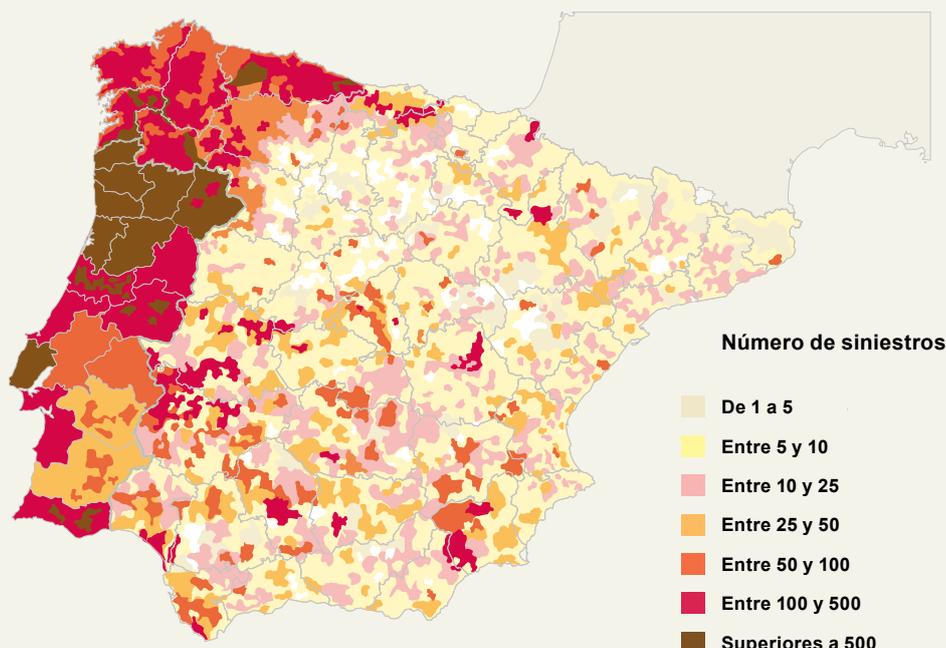
En realidad, la combinación de causas que azotan al noroeste ibérico son comunes al resto de la península, solo que en este cuadrante todas ellas alcanzan su máximo exponente, convirtiendo esta zona en un territorio de alto riesgo.

¹ Informe provisional de incendios forestales 2017. Instituto para la Conservación de la Naturaleza y los Bosques. (Relatório Provisorio de Incêndios Florestais 2017. *Instituto da Conservação da Natureza e das Florestas*).

Lo cierto es que, para que haya un incendio, tienen que darse tres elementos: alguien que prenda fuego (recordemos que de media tan solo el 4% de los siniestros que ocurren en España se producen por causas naturales y apenas un 2% en Portugal²) un territorio inflamable y unas condiciones meteorológicas favorables para la propagación de las llamas. A continuación analizamos cómo estos tres factores se conjugan en el noroeste generando una auténtica bomba explosiva y letal.

Número de incendios por término municipal en España y por regiones en Portugal (2001-2010).

Fuente: MAPAMA.



¿QUIÉN PRENDE FUEGO Y POR QUÉ?

Los montes ibéricos no arden solos. La alta siniestralidad es una constante en España y Portugal. Y en el noroeste ibérico aún más, donde hasta en el 99% de los siniestros está detrás la mano del ser humano. Además, destaca la altísima intencionalidad: más del 70% de los incendios son intencionados, cifra que alcanza el 80% en Galicia. En Portugal el 42%³ de los incendios son intencionados, frente al 56% debido a negligencias.

Las razones son variadas. Si bien destacan las quemadas ganaderas para la regeneración de pastos o la quema de rastrojos, encontramos otras como la apertura de zonas para favorecer la caza menor, la eliminación de la vegetación para buscar los mojones que delimitan las parcelas o de la fauna para evitar daños agrícolas o, directamente, venganzas. Todo ello demuestra, además de una muy arraigada cultura del fuego en el medio rural, la existencia de graves conflictos sociales y económicos que continúan sin ser resueltos desde hace décadas.

Por si fuera poco, todos los años tienden a quemarse las mismas zonas. En la lista de los 100 municipios españoles donde se registraron más incendios, 94 se ubican en Galicia y Asturias. En estas regiones existen municipios en los que al año, de media, se producen más de 100 siniestros. Tal es el caso de Llanes y Cangas del Narcea, en Asturias, o A Cañiza y Viana do Bolo, en Galicia. Por el contrario, existen parroquias en las que apenas se producen incendios.

² y ³ Análisis de las causas de los incendios forestales 2003-2013. Instituto para la Conservación de la Naturaleza y los Bosques.

El fuerte despoblamiento y envejecimiento, la ausencia de gestión forestal, el abandono de cultivos, el cese del pastoreo, la existencia de casas intercaladas en el monte y unas condiciones meteorológicas especialmente favorables para la propagación de las llamas, hacen del noroeste ibérico un auténtico polvorín.

En Portugal, distritos como Porto, Braga, Viana do Castelo, Vila Real y Viseu superan todos los años el millar de siniestros.

¿POR QUÉ ES EL NOROESTE UN TERRITORIO INFLAMABLE?

La elevada siniestralidad no es el único problema. Una vez que la chispa salta, encuentra todas las facilidades para propagarse con gran rapidez. Las llamas corren por plantaciones forestales, bosques, monte bajo, cultivos, jardines y hasta casas. El problema ya no está exclusivamente en el monte. El paisaje en su conjunto se ha convertido en un gran polvorín. Analizamos por qué.

Aldeas en peligro de extinción. El fuerte despoblamiento y envejecimiento, sobre todo de las áreas rurales del interior y de montaña, han forzado el abandono de las actividades agrarias tradicionales, acelerado por las nefastas políticas de desarrollo rural, que han demostrado no ser efectivas para fijar población y generar empleo.

Galicia y el norte y centro de Portugal tienen los peores indicadores demográficos de la fachada atlántica europea. Casi el 40% de los municipios gallegos perdieron más de 20% de su población entre 2000 y 2015. En Ourense, la provincia menos poblada, de las cerca de 3.700 aldeas, casi 2.000 tienen menos de 12 habitantes y alrededor de 300 cuentan con uno o dos. Las tres provincias más envejecidas de Europa, con al menos 100.000 habitantes, están en el noroeste ibérico: Ourense, Zamora y Lugo. En Portugal, por ejemplo, en uno de los pueblos más afectados por los incendios el año pasado, el municipio de Pedrógão Grande, la población se redujo un 20% entre los años 2001 y 2016 y por cada 100 jóvenes hay 284 ancianos.

El futuro demográfico es muy negro y aboca a la muerte gradual del territorio. De hecho, si se superpusiera el mapa de las zonas quemadas en los últimos años con el mapa de las zonas que más se han despoblado, se comprobaría que coinciden casi al 100%, excepto en el Bajo Miño y en el Duero Litoral. Sin embargo, esta tragedia, arrastrada desde hace décadas, lo único que despierta es indiferencia política y colectiva.

Abandono forestal. Entre los años cincuenta, sesenta y setenta se repoblaron millones de hectáreas en el norte y centro de Portugal, Galicia y otras regiones del Cantábrico con especies de crecimiento rápido, como el pino y el eucalipto. Aquellas repoblaciones contribuyeron a satisfacer algunas necesidades porque evitaron graves fenómenos erosivos, redujeron los riesgos de inundación y proporcionaron sustento a través de la explotación, fundamentalmente de madera y celulosa.

Sin embargo, la progresiva pérdida de rentabilidad de estas actividades llevó al abandono de las repoblaciones productoras a partir de los años ochenta. Por su parte, las repoblaciones protectoras, aquellas plantadas para evitar procesos de erosión y sin fines productivos, nunca llegaron, a pesar de que los promotores advirtieron de la necesidad de adoptar medidas selvícolas preventivas para prevenir riesgos. El resultado se materializa hoy con millones de hectáreas intensamente alteradas, alejadas de su óptimo natural, con densidades muy altas, abandonadas a su suerte, en las que impera una ausencia absoluta de planificación y gestión forestal. Plantaciones abandonadas que difícilmente son capaces de hacer frente a los incendios por la altísima acumulación de biomasa muerta, la continuidad y monoespecificidad que arrastran. En los últimos años, además, se observa una tendencia a la reducción de la diversidad de las especies arbóreas explotadas, lo que facilita un paisaje más continuo, mucho más vulnerable al fuego.

Importancia del sector forestal gallego

Galicia es la novena potencia forestal europea y lidera el sector a nivel nacional.

El 50% de la madera que se corta en España procede de los montes gallegos.

La industria de la madera representa el 1,8% del PIB de la comunidad autónoma.

Genera unos 80.000 puestos de trabajo, directos e indirectos, y mueve unos 2.000 millones de euros.

En el noroeste se da otra particularidad: la atomización de la propiedad forestal y su carácter privado. A menudo, las parcelas presentan superficies inferiores a media hectárea, lo que dificulta sistemas rentables de explotación y hace que buenas prácticas de gestión aisladas en un territorio abandonado sean ineficaces a escala paisaje en caso de incendio. Sin embargo, el sector forestal es un elemento clave para la economía gallega y portuguesa.

Una gestión a escala paisaje es aquella que se realiza de forma colectiva y participada en un territorio, trascendiendo del manejo individual que pueda realizarse en una finca concreta. El fin último de esta gestión es compatibilizar la conservación de la biodiversidad con el aprovechamiento económico de los recursos. La distribución de la tierra destinada a ganadería extensiva, agricultura, silvicultura o asentamientos urbanos debe ser gestionada de forma coordinada para garantizar el mantenimiento de los procesos naturales y evitar riesgos o perturbaciones, al tiempo que se vela por la rentabilidad económica de las explotaciones. Aplicada al noroeste ibérico, la gestión a escala paisaje debe perseguir, entre otros, acotar la superficie destinada al cultivo intensivo de especies forestales (eucalipto y pino) y diversificar usos agrícolas y silvopastoriles para lograr un paisaje en mosaico más diverso y resistente a las llamas.

Tabuyo del Monte (León),
23 de agosto de 2012.



© EFE SXENICK

Abandono agrario. Por otro lado, el abandono de cultivos y el cese del pastoreo han contribuido al aumento de la superficie forestal y a la pérdida del paisaje en mosaico. Estas nuevas superficies abandonadas, en las que no se han definido unos objetivos claros sobre el futuro que se quiere o se espera de ellas, son claro pasto de futuros incendios. En Galicia, los porcentajes de abandono de la superficie agraria útil rayan el 30%, lo que es un contrasentido teniendo en cuenta que la región es importadora neta de productos agrarios, algo que también ha sucedido en Portugal aunque no de forma tan acentuada.

Caos territorial, un continuo de casas y árboles. Galicia, Asturias, León y el norte y centro de Portugal tienen un particular sistema de organización tradicional de la población. Los municipios se dividen en parroquias o pedanías, que a su vez comprenden varias localidades. A modo de ejemplo, solo en Galicia, que ocupa menos del 6% del territorio español, se encuentran el 50% de los entes de población de toda España. Esto da una idea de la altísima dispersión y atomización de los asentamientos rurales.

A esta ya de por sí compleja ecuación se le suma desde hace unos años otro factor más. Las franjas costeras han sufrido un urbanismo desenfrenado que ha llenado el monte de casas y, por otro lado, han desaparecido las huertas y cultivos que rodeaban y protegían las aldeas, quedando cercadas por plantaciones abandonadas y sin gestión. El resultado es que el noroeste es un paisaje continuo de casas y árboles. Hace unos años expertos de las Universidades de Vigo y de Santiago de Compostela estimaron que, en Galicia, casi el 10% del territorio corresponde a zonas de interfaz, es decir, de contacto entre lo urbano y lo forestal, y que concentra casi el 70% del área construida. Situación muy parecida se da en los distritos de Braga y Oporto. Estos datos implican que la mayoría de la población gallega y del norte litoral de Portugal viven en zonas de interfaz urbano forestal. Teniendo en cuenta que los incendios son aproximadamente dos veces más frecuentes en la interfaz que en áreas que no lo son, es fácil hacerse una idea de la magnitud del riesgo.

Condiciones bioclimáticas: arde la Iberia verde. Galicia, Asturias o el norte y centro de Portugal son regiones con un clima en las que podría parecer que un incendio forestal no se propaga con facilidad. Pero esto no es precisamente así. Los inviernos templados y muy húmedos hacen que la vegetación crezca muy rápidamente y haya mucho combustible disponible. Tanto, que en el noroeste es posible lo que en fachada mediterránea es impensable: que una zona quemada hace dos o tres años vuelva a arder.

Al mismo tiempo, hay periodos anuales con falta de lluvia, principalmente en verano y final del invierno, y cada poco tiempo se da un año extremadamente seco. Cuando coincide un verano cálido y seco con un frente atlántico de componente nordeste, llega un viento caliente, muy seco e intenso, a Galicia y norte y centro de Portugal. En estas situaciones, en las que el fuego se propaga con facilidad y los dispositivos de extinción no dan abasto, el número de incendios se dispara, alcanzando frecuentemente los 100 o 150 fuegos diarios, con picos registrados de hasta 440 fuegos en un día.

Esa coexistencia de una vegetación que crece exuberante, veranos secos, vientos del nordeste, abandono rural y forestal, cambio climático y un uso muy extendido del fuego hacen del cuadrante verde de la península ibérica un auténtico polvorín frente a los incendios forestales.

PORTUGAL: MÁS ALLÁ DE LOS PROBLEMAS DEL MONTE

Portugal es el país europeo más castigado por los incendios. Durante los últimos 30 años es el país que más incendios ha afrontado y en el que más hectáreas se han quemado. De media al año se producen en Portugal un 35% más de siniestros que en España y se quema un 20% más de superficie, a pesar de tener un 80% menos de superficie forestal. De hecho, Portugal es el primer país de Europa y el cuarto del mundo que mayor masa boscosa ha perdido en lo que va de siglo XXI debido, en buena parte, a los incendios forestales que cada verano arrasan el país. De media, al año, se producen cerca de 17.000 siniestros que queman unas 120.000 hectáreas.

Los expertos apuntan, además de los problemas estructurales detectados para el conjunto del noroeste y las escasas inversiones en materia de prevención, importantes carencias en la estrategia de extinción. A diferencia de España y otros países mediterráneos, Portugal no dispone de una estructura profesional y especializada que se dedique a la prevención y extinción de los incendios. Tampoco existen programas continuos de prevención social que persigan la formación y la búsqueda de alternativas al extendido uso del fuego, a pesar de que la mayor parte de los incendios se deben a negligencias.

Abrantes (Portugal),
18 de agosto de 2017.



SUPERINCENDIOS Y CAMBIO CLIMÁTICO

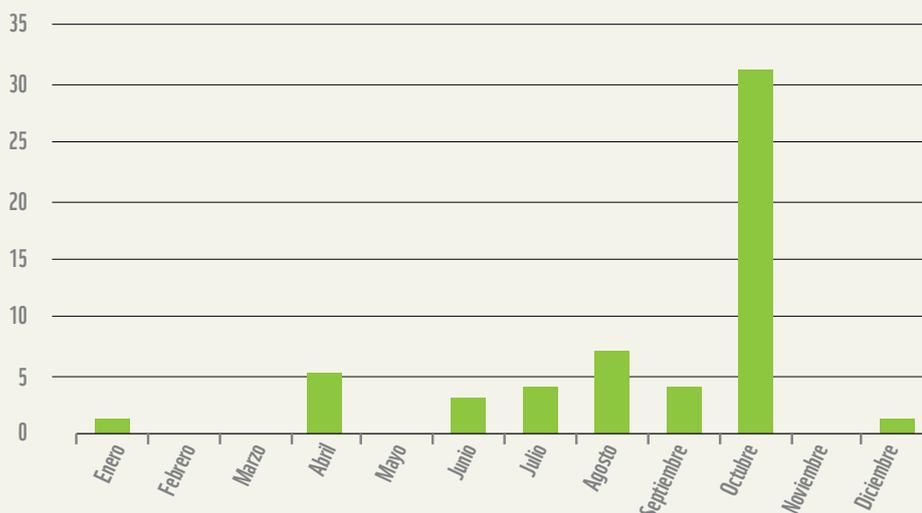
UNA NUEVA GENERACIÓN DE INCENDIOS

Hace años decíamos que el cambio climático iba a traernos superincendios. Los tristes episodios vividos durante 2017 a lo largo de todo el globo confirman que los tenemos aquí.

Los efectos que ya se están observando como consecuencia del calentamiento global pueden resumirse en dos. En primer lugar, la forma en que arde la vegetación y cómo se propaga el fuego ha cambiado. La combinación de olas de calor de larga duración, sequía acumulada, baja humedad del aire y vientos muy fuertes, unida a una vegetación muy seca después de meses sin precipitaciones y bosques en decaimiento, es la combinación perfecta para que en caso de incendio, este sea extremo e imparable. En los últimos años estamos viviendo una virulencia desconocida hasta ahora. Frente a este escenario, los modelos matemáticos vigentes ya no son capaces de predecir cómo va a propagarse el fuego.

En segundo lugar, el cambio climático ha alterado la distribución de los incendios a lo largo del año. En la península ibérica se espera una disminución más acusada de precipitación en primavera y una entrada más temprana de las olas de calor, lo que contribuirá a que las campañas de mayor riesgo de incendio comiencen antes en primavera. El pasado año ocurrieron incendios en primavera, como los tristes episodios de Portugal y del Bierzo en junio de 2017, y en otoño, como la trágica oleada de Galicia y Portugal, que tienen el comportamiento de incendios estivales. En definitiva, la temporada de alto riesgo de incendios ya no se ciñe a julio y agosto, se ha alargado de mayo a noviembre.

Distribución mensual del número de grandes incendios en España a lo largo de 2017



El gráfico muestra cómo en 2017 el 55% de los grandes incendios se produjo en octubre y cerca del 10%, en abril, fuera de los hasta ahora meses de alto riesgo de incendio.

El clima del futuro está prácticamente determinado y urge adaptarse a él cambiando radicalmente el enfoque. Con el aumento esperado de 1,5°C de temperatura de media durante este siglo, los episodios climáticos extremos van a ir a peor. Y los paisajes forestales ibéricos no están preparados. O gestionamos los bosques y el territorio, o lo harán los grandes incendios con graves consecuencias ambientales, sociales y económicas

¿QUÉ PASÓ EN 2017 EN EL NOROESTE IBÉRICO?

CRÓNICA DE UN DESASTRE ANUNCIADO

Casi todos los años el noroeste ibérico arde. Pero de ahí a que ocurran episodios tan extremos y peligrosos como los que asolaron especialmente Portugal y Galicia el pasado año, hay una gran diferencia. A mediados de junio un inmenso incendio dejó 64 muertos en Portugal, a los que se sumaron otros 43 en octubre. En Galicia, una oleada de incendios dejó 4 fallecidos

y en Asturias y León miles de hectáreas ardieron en múltiples incendios simultáneos que desbordaron a los dispositivos de extinción y amenazaron numerosas poblaciones.

Conocer qué pasó y por qué es fundamental para evitar que vuelva a suceder. La sociedad empieza a entender que en el actual contexto de cambio climático difícilmente vamos a evitar los incendios en el futuro. Pero resulta urgente adoptar medidas para que los incendios no generen estas situaciones de auténtica emergencia social.

¿Cómo fue posible esa virulencia del fuego? ¿Por qué hubo tantas víctimas mortales? Aquellos trágicos incendios reunieron todos los condicionantes meteorológicos, orográficos y poblacionales para derivar en un cóctel explosivo.

Tras muchas de estas causas están los problemas estructurales que arrastra el noroeste ibérico: un paisaje continuo, plantaciones forestales abandonadas, una ganadería extensiva prácticamente en extinción, la desaparición de pequeños cultivos y huertas, una nula ordenación territorial, núcleos de población sin medidas de protección adecuadas y un gran número de personas dispuestas a quemar por distintos motivos. Todo ello, unido a una vegetación muy seca debido a sequías acumuladas y condiciones meteorológicas favorables para la propagación del fuego. Hasta aquí, nada nuevo.

¿QUÉ FUE LO EXTRAORDINARIO?

En primer lugar, el comportamiento extremo del fuego. Incendios explosivos que se propagaron a gran velocidad, con trayectorias impredecibles, que saltaron cientos de metros y fueron absolutamente inabordables por los medios de extinción. En segundo lugar, se produjeron a finales de junio y a mediados de octubre, fuera de la supuesta temporada de alto riesgo, que hasta ahora se reducía a julio y agosto.

Estos dos aspectos demuestran que estamos ante una nueva generación de incendios claramente vinculados al cambio climático debido a condiciones meteorológicas cada vez más extremas que provocan auténticas tormentas de fuego.



© MIGUEL A. LOPES/EFE/NEWSCOM/AFOTOTECA.COM

Pedrograo Grande (Portugal),
17 de junio de 2017.

PEDRÓGÃO GRANDE, PORTUGAL

El sábado 17 de junio a las cinco de la tarde una descarga procedente de un tendido eléctrico se convertía en uno de los episodios más graves y tristes de la historia portuguesa. En total se registraron 64 víctimas mortales, más de 250 heridos y 29.000 hectáreas ardidas, convirtiéndose en el segundo incendio más grande en Portugal desde que hay registros y, probablemente, el que mostró un comportamiento más extremo.

A las pocas horas desde que la chispa saltó, el comportamiento del fuego se hizo extremo, originando una fuerte corriente de aire que hizo avanzar bruscamente los frentes de llama, generando numerosos focos secundarios y una auténtica lluvia de fuego. En menos de un cuarto de hora, el fuego recorrió 2,5 kilómetros, atrapando a la mayoría de las víctimas mortales. En tan solo una hora ardieron 4.500 hectáreas.

La comisión de expertos encargada de investigar qué sucedió en Pedrógão determinó que la vegetación existente bajo el tendido eléctrico no estaba desbrozada. Apenas había habilitados perímetros de protección alrededor de las casas y caminos. Los puestos de vigilancia no estaban activos, los medios disponibles eran insuficientes y hubo deficiencias en el mando y gestión de la operación de socorro. Todo lo que pudo salir mal aquel día, salió mal.

Todo ello en una región dedicada al cultivo intensivo de especies forestales, principalmente eucalipto, en la que no hay gestión ni planificación alguna, facilitando la acumulación de altas

cargas de combustible dispuestas a arder en cualquier momento. De hecho, las actuaciones de gestión previstas en los planes municipales contra incendios solo se aplicaron en el 1,4% de la superficie forestal de la zona y únicamente en el 0,6% de Pedrogão Grande.

Sin embargo, el propio informe reconoce que, dada la virulencia del fuego, la probabilidad de controlar el incendio hubiera sido mínima incluso en presencia de unos dispositivos de extinción reforzados y bien organizados. Las estimaciones indican que las posibilidades de controlar los frentes están entre 3 y 17 minutos desde el comienzo. A partir de ahí, solo existe la estrategia de defensa: proteger a las personas y esperar a que mejoren las condiciones meteorológicas.

El incendio de Pedrogão Grande es un claro ejemplo de superación de la propagación esperada y los daños previsibles por los cambios en el comportamiento del fuego.

OLEADA DE INCENDIOS EN OCTUBRE

Entre el 8 y el 15 de octubre de 2017 una oleada de incendios mantuvo en jaque a poblaciones y dispositivos de extinción del noroeste ibérico. Entre Galicia y Portugal ardieron unas 300.000 hectáreas.

En Galicia se quemaron 47.000 hectáreas en 352 siniestros. La velocidad de propagación del fuego llegó a superar los 6 km/h, lo que supone de tres a nueve veces por encima de la capacidad de extinción. Estos incendios superaron presas, crearon focos secundarios hasta a dos kilómetros de distancia y generaron una tormenta de fuego. Portugal batió su récord histórico de incendios simultáneos, contabilizándose más de 440 en el centro y norte del país.

Aquellos días las condiciones meteorológicas eran especialmente adversas y sucedió algo insólito hasta la fecha: la llegada de Ophelia, un frente tropical, con vientos huracanados muy secos e intensos que expandieron con facilidad las llamas e hicieron prácticamente imposible su control.

En Galicia, entre el 60 y el 90% de los fuegos mostraron indicios de intencionalidad. En Portugal, fuentes oficiales apuntaron a comportamientos negligentes.

ESTOS TRÁGICOS INCENDIOS EVIDENCIAN QUE EL MONTE, EL SISTEMA ACTUAL DE LUCHA CONTRA LOS INCENDIOS Y LA SOCIEDAD NO ESTÁN PREPARADOS PARA ESTAS TORMENTAS DE FUEGO GENERADAS POR EL CAMBIO CLIMÁTICO. URGE CAMBIAR DE ESTRATEGIA Y ESTAR PREPARADOS PARA EL SIGUIENTE EPISODIO QUE, TARDE O TEMPRANO, OCURRIRÁ.

POLÍTICAS CONTRA LAS LLAMAS

DEL TRADICIONAL ENFOQUE DE LA EXTINCIÓN A UNA NUEVA VISIÓN PARA HACER EL PAISAJE MÁS RESILIENTE

Frente a este escenario, ¿están las administraciones impulsando políticas efectivas contra los incendios? ¿Van las inversiones dirigidas a evitar desastres en el futuro? El mejor modo de responder a estas cuestiones es analizando los presupuestos que destinan los gobiernos a la lucha contra los incendios forestales.

ESPAÑA Y PORTUGAL GASTAN ENTRE EL 70 Y EL 90% DE LOS PRESUPUESTOS EN EXTINCIÓN, A PESAR DE QUE ES UN SACO SIN FONDO QUE COMPROMETE EL IMPULSO DE UNA VERDADERA POLÍTICA FORESTAL Y TERRITORIAL.

ENFOQUE TRADICIONAL: EXTINCIÓN

El coste de apagar los incendios en España y Portugal supera con creces los mil millones de euros cada año. Hoy en día la mayor parte de los fondos destinados a los bosques en los presupuestos autonómicos y nacionales se destinan a extinción. La Unión Europea a través de la PAC financia medidas de apoyo a la extinción, así como la restauración y repoblación forestal tras los incendios. Sin embargo, en los presupuestos públicos apenas hay cabida para una prevención real y eficaz que vacune contra los incendios.

En España el gasto anual en extinción alcanza los 1.000 millones de euros frente a apenas 300 millones que se invierten en prevención. En Portugal la extinción tiene un coste aproximado de unos 75 millones de euros, frente a 20 millones destinados a prevención. Además del desorbitado desequilibrio, las medidas que se financian como prevención priorizan la construcción o acondicionamiento de caminos y pistas forestales, líneas cortafuegos, puntos de agua o bases para medios aéreos. ¿De verdad los responsables políticos creen que con estas medidas van a prevenirse los superincendios?

Estas medidas, bien planificadas y dimensionadas, son importantes, pero por sí solas no van a resolver los problemas del monte.

España es el país que más presupuesto invierte en extinción por hectárea y dispone de uno de los mejores sistemas de extinción a nivel mundial. Pero las estadísticas reflejan cómo, a pesar de ello, la tendencia es que cada año hay más grandes incendios, más grandes y más peligrosos.

El sistema es víctima de su propio éxito. El énfasis puesto en la eficacia de la extinción tiene efectos que a medio y largo plazo son perversos. Resolvemos el problema a corto plazo, apagando todos los incendios, mientras la ausencia de usos y gestión hace que se acumule biomasa que después servirá de combustible.

LA RESPUESTA: PREVENCIÓN

Las administraciones públicas están abordando el problema de los incendios del mismo modo que hace 40 años, pero el problema ha cambiado radicalmente. Entonces el monte se usaba, había ganado, se extraían leñas, el paisaje era diverso e incluía más variedad de especies y no estábamos inmersos en el actual contexto de cambio climático. La solución de entonces fue apostar por un servicio de extinción eficaz. Hoy las recetas del pasado ya no son válidas.

La solución a los superincendios no pasa por adquirir más hidroaviones, más camiones o habilitar más puntos de agua. Los grandes incendios no se apagan con agua, sino con planificación territorial y desarrollo rural. Es preciso darle un futuro económico, ambiental y demográfico a las áreas que desde hace años se queman.

Los incendios de 2017 deberían suponer un punto de inflexión para que los gobiernos cambien su enfoque en la lucha contra el fuego. De otro modo, viviremos episodios muy peligrosos de verdadera emergencia civil a lo largo de todo el año, con víctimas mortales incluidas.

No se trata de dedicar más recursos de la extinción a la prevención, sino de cambiar el modelo completamente. La estrategia de lucha contra los incendios tiene que abordar las causas y apostar por una prevención real: reducir la alta siniestralidad, hacer el territorio menos inflamable y más resiliente al cambio climático, realizar una planificación territorial, asignar usos, intervenir sobre la propiedad abandonada, poner en marcha políticas fiscales para incentivar usos compatibles con la conservación de la naturaleza, desarrollar políticas de desarrollo rural que fijen población y creen empleo, y apostar por la ganadería extensiva.

Vigo, 2 de septiembre de 2013.



© EFE SYENICK

EL DESPROPÓSITO DE LA POLÍTICA ASTURIANA

El número de siniestros y la superficie afectada por incendios en Asturias no han parado de crecer en los últimos años, al igual que sucede en Cantabria, y a diferencia de la tendencia en el resto de España e incluso del noroeste ibérico, donde el número total de incendios y la superficie quemada disminuyen. Más del 80% de los incendios son intencionados, una cifra desproporcionada respecto al 55% de media nacional. Los datos apuntan hacia una motivación clara: según datos de las Brigadas de Investigación de Incendios del Principado de Asturias (BRIPAS), las quemaduras para regenerar pastos han sido responsables del 83% de la superficie quemada en la región en los últimos dos años.

A finales del año 2015 la región vivió una grave crisis incendiaria que se saldó con cerca de 22.000 hectáreas quemadas. Lejos de adoptar medidas que pusieran freno a la tendencia incendiaria, en marzo de 2017 el Gobierno autonómico modificó la Ley de Montes del Principado, eliminando la prohibición de introducir ganado en montes incendiados. Tal y como pronosticamos desde diversos sectores, la eliminación de los acotados descriminalizaba una conducta al margen de la legalidad e iba a incrementar los ya desorbitados porcentajes de intencionalidad. Como resultado, en 2017 la superficie quemada en Asturias fue un 190% más que la media de la superficie afectada en los últimos 10 años.

Por otro lado, en diciembre de 2017 un cambio en la organización de las BRIPAS ha mermado la eficacia de las importantes funciones que desempeñan en la investigación de causas y motivaciones de incendios así como en determinar la posible autoría, labor que año tras año destaca la Fiscalía de Medio Ambiente del Principado habitualmente en su memoria anual. Esta decisión es muy grave teniendo en cuenta la elevadísima intencionalidad en la región, que en Asturias solo se investiga el 9% de los incendios, y que el 90% de las sentencias condenatorias por incendios son fruto de las investigaciones de las BRIPAS.

Con estos retrocesos en la política ambiental del Principado y los efectos del cambio climático, que ya está generando inviernos más cálidos y secos en la Cordillera Cantábrica, se da el cóctel incendiario perfecto para que el futuro de los montes de Asturias sea muy negro.

Para acabar con la lacra de los incendios en Asturias y dar solución a la crisis que atraviesa la ganadería extensiva, WWF pide al Gobierno asturiano la puesta en marcha de una Mesa del Fuego, en la que estén representados todos los agentes sociales, con el objetivo de buscar alternativas consensuadas para reducir el uso del fuego como herramienta de regeneración de pastos. En segundo lugar pide que se atiendan las necesidades de gestión mediante ordenación de usos, planificación pastoral (cercados, desbroces, accesos, puntos de agua) y quemaduras controladas, allá donde sea apropiado y no comprometa la conservación de la biodiversidad. Y, en tercer lugar, la aprobación de un plan regional para la ganadería extensiva que aborde aspectos de normativa, ayudas, mercados y otros obstáculos para un desarrollo adecuado de la ganadería extensiva en la región compatible con la preservación de los valores naturales, disponiendo de las herramientas adecuadas para asegurar su futuro. El Gobierno asturiano debe además reforzar las BRIPAS, dotarlas de mayores recursos y operatividad, vinculándolas estrechamente a la prevención de incendios forestales, desligándolas de la extinción, para que puedan continuar investigando y persiguiendo los delitos incendiarios con independencia y eficacia.

LEYENDAS DEL FUEGO

Cada verano se produce algún siniestro que despierta el interés mediático y ocupa todos los titulares, bien porque afecta a un espacio protegido, amenaza a núcleos de población o quema una gran superficie de monte. Sin embargo, la comunicación que se hace en estas crisis no ayuda a trasladar a la sociedad información veraz y rigurosa sobre qué hay detrás de los incendios y por qué son cada vez más peligrosos.

Aún perviven falsas creencias, muy arraigadas en la opinión pública, que se repiten año a año a modo de leyendas urbanas, que desvían la atención de las verdaderas causas y dificultan la búsqueda de soluciones efectivas.

Los responsables políticos y los medios de comunicación juegan un papel clave para acabar con mitos urbanos como el terrorismo incendiario, las mafias madereras o los fines de especulación urbanística.

TERRORISMO INCENDIARIO

Trama incendiaria, terrorismo medioambiental o mafias organizadas son expresiones que se repiten de forma recurrente cuando se produce una oleada de incendios como la que asoló el noroeste ibérico en octubre de 2017 o Galicia en 2006.

Los informes de la Fiscalía, tanto en 2006 como 2017, concluyen que no existen evidencias de tramas criminales complejas ni organizaciones que actúen de manera coordinada y planificada. Por el contrario, advierten de una elevada intencionalidad, muchos descuidos y muchos problemas vinculados al medio rural que acaban en incendio. En el noroeste hay multitud de personas con voluntad de quemar y que aprovechan los momentos en los que los incendios van a alcanzar mayores dimensiones, pero tanto Policía, Guardia Civil, Fiscalía y agentes especializados en delitos de terrorismo siempre descartan la existencia de mafias organizadas.

Los responsables políticos deberían ser muy cautos a la hora de hacer este tipo de declaraciones que confunden a la opinión pública y no se ajustan a la realidad. Por el contrario, deberían hablar del arraigado uso del fuego en el noroeste, el abandono rural, la ausencia de gestión forestal, la nula planificación territorial, que ha cercado los núcleos de población con altísimas cantidades de biomasa forestal, o la escasísima inversión en prevención real.

Atribuir estos episodios a una trama incendiaria organizada contra la que nada puede hacerse es simplificar un problema mucho más complejo para calmar conciencias y eludir responsabilidades para abordar los problemas reales que tiene el territorio.

Tampoco es preciso el endurecimiento de las penas, como se apunta desde algunos sectores cada vez que ocurren episodios de estas características. La legislación establece penas de hasta 20 años para los autores de incendios. El gran reto al que nos encontramos es judicial, porque hay que incrementar el porcentaje de identificados y condenados por prender fuego. En la actualidad apenas se identifica al 9% de los causantes de incendios y un muy pequeño porcentaje cumple condena. Pero también hay un importante reto social para resolver el actual comportamiento incendiario.

INCENDIOS PARA URBANIZAR

La culpa de los incendios la tiene la reforma de la Ley de Montes de 2015. Este es otro de los grandes clásicos veraniegos. Titulares como “fines especulativos detrás de la ola incendiaria” o “tras la ley llegó el fuego” han calado en la sociedad, que ha reaccionado indignada ante lo que considera un negocio de unos pocos a costa de la naturaleza. Pero no es más que un bulo que se ha extendido a través de las redes sociales y que tras el incendio de Doñana en junio de 2017 alcanzó su máximo exponente.

Es cierto, la reforma de la Ley de Montes aprobada por el PP en 2015 incluye una excepcionalidad a la prohibición de recalificar la superficie quemada durante 30 años, siempre que existan “razones prevalentes de interés público de primer orden”. Esto significa que el proyecto en cuestión debe ser declarado de utilidad pública, en terrenos que ya estuvieran previstos recalificar antes del incendio y, además, tiene que contar con el visto bueno de las comunidades autónomas.

Desde que se aprobó la Ley en 2015 ni se ha realizado ninguna obra pública ni se han demostrado intereses especulativos en una zona quemada. Es más, según la investigación “España en llamas” de la Fundación Civio, solo el 0,15% de los incendios ocurridos entre 2001 y 2013 se provocó para obtener una modificación en el uso del suelo.

WWF se opuso desde el principio a esta reforma de la Ley de Montes por considerarla innecesaria, pero hay que dejar bien claro que ni en el noroeste ibérico, ni en España, ni en Portugal, los incendios forestales están vinculados con la especulación urbanística ni la recalificación de terrenos.

LA CULPA ES DEL EUCALIPTO

Cada vez que arde Galicia o Portugal se escucha el mismo discurso: **la culpa es del eucalipto**. El principal argumento esgrimido es que esta especie arde mejor pero, ¿es realmente así? Es cierto que el eucalipto facilita la acumulación de hojarasca y desprende aceites inflamables que hacen que esta especie arda muy bien, pero entran en juego otros muchos factores.

A modo de ejemplo, Ourense, provincia que lidera la clasificación en número de incendios todos los años, apenas tiene eucalipto. En Galicia y Portugal arden más las zonas de matorral y pastizal que las masas de eucaliptar y pinar.

El extenso monocultivo de eucalipto que recorre la cornisa cantábrica (norte de Lugo y A Coruña, rasas litorales de Asturias y Cantabria y valles occidentales de Bizkaia), rara vez arde. Sin embargo, los eucaliptales en Portugal, Pontevedra, Huelva o Sevilla se queman de forma recurrente en incendios muy peligrosos. Las condiciones meteorológicas tienen mucho que ver pero, sobre todo, forman parte de un modelo territorial donde no hay gestión ni planificación alguna, facilitando la acumulación de altas cargas de combustible dispuestas a arder en cualquier momento.

La inflamabilidad de una masa forestal no depende de la especie, sino principalmente de su estructura, esto es, de la cantidad y la forma en que se organiza la biomasa disponible. Y ello es consecuencia directa de la gestión que se haga en esas masas forestales. Así, no es igual de inflamable una plantación de eucaliptos en producción que la misma plantación abandonada.

En definitiva, no se puede culpabilizar ni al eucalipto ni al pino de lo que está sucediendo, pero sí podemos acusar al modelo territorial y a la ausencia de políticas que aborden una planificación coherente del paisaje. Repoblaciones de eucalipto o pino, abandono y clima son una combinación fatídica.

El debate no puede seguir siendo únicamente si eucaliptos sí o no. El debate debe centrarse en dónde vamos a permitir que haya eucaliptos desde el punto de vista social y biológico y cómo deben estar gestionados para que no pongan en peligro ni ecosistemas ni poblaciones. Es un despropósito económico y ambiental que existan plantaciones de eucaliptos abandonadas en parcelas en las que los propietarios no saben ni que son suyas. El eucalipto puede tener un sentido en aquellos casos en los que exista un aprovechamiento económico bien gestionado, ordenado. Hoy el abandono de las plantaciones de eucalipto en Galicia ronda el 40%. Las administraciones gallegas y portuguesas deben detectar con urgencia las parcelas abandonadas, intervenir y asignar usos para diversificar el paisaje.

**Incendio de Condexia
(Portugal) 16 de septiembre
de 2017.**



RICARDO GRACA.EFENEMSCOM.LAFOTECA.COM

PETICIONES DE WWF

Los incendios del futuro no tienen por qué entrañar un peligro extremo para poblaciones y ecosistemas. El desafío es de gran complejidad y exige múltiples enfoques, por lo que los representantes políticos y la sociedad en su conjunto deben asumir una responsabilidad compartida que aborde el problema de raíz. WWF propone un plan de acción coordinado entre España y Portugal que aborde las causas estructurales del territorio y combata el cambio climático.

MINIMIZAR LA INFLAMABILIDAD DEL TERRITORIO

Estrategia Ibérica para la Prevención de Incendios. Los Gobiernos portugués y español, junto a las administraciones regionales implicadas, deben poner en marcha de forma conjunta y coordinada medidas de prevención a escala paisaje, consensuadas con todos los grupos de interés y a largo plazo. Esta estrategia debe abordar urgentemente aspectos como:

CONOCER EL RIESGO

A través de esta estrategia ibérica se deben identificar, caracterizar y cartografiar las zonas de alto riesgo de incendio, incluidas las de contacto urbano-forestal, a escala municipal y bajo criterios comunes y coherentes. El gobierno central de ambos países debe implicarse en la identificación de criterios comunes que permita el desarrollo de mapas comparables.

PLANIFICAR A ESCALA PAISAJE

Las administraciones deben promover una gestión colectiva y participada del territorio, basada en las zonas de alto riesgo y que tenga como finalidad diversificar usos y buscar aprovechamientos alternativos. Hasta ahora cada persona decide individualmente qué hace en su parcela, sin considerar el riesgo colectivo. Una planificación conjunta, a escala paisaje, que asegure la rentabilidad a todos los propietarios, es la única forma de lograr un paisaje en mosaico más diverso, heterogéneo y resistente a las llamas, en donde se compatibilicen los usos forestales, agrícolas y silvopastoriles. El uso de quemas prescritas planificadas constituye otra herramienta útil para la planificación a escala paisaje.

CONOCER, ORDENAR Y ACOTAR EL USO DEL EUCALIPTO

Las administraciones deben conocer con detalle dónde hay plantaciones forestales, de eucalipto y pino fundamentalmente, en qué estado están, su uso, gestión y cargas de combustible, así como quién es su propietario. Las administraciones gallegas y portuguesas deben intervenir las repoblaciones abandonadas que a día de hoy no tienen dueño y, de forma participada con los grupos de interés, planificar usos para diversificar el paisaje. Además, es necesario acotar el terreno destinado al cultivo intensivo de pinos y eucaliptos teniendo en cuenta aspectos sociales, económicos y ambientales y que estén convenientemente certificadas por FSC (Consejo de Administración Forestal) para asegurar una correcta gestión del monte.

PROMOVER LAS FRONDOSAS

Esta estrategia ibérica debe promover un programa específico que incentive y compense a aquellos propietarios que apuesten por plantaciones de frondosas como castaños, robles, nogales o cerezos, menos rentables a corto plazo pero que a medio y largo plazo pueden serlo más. Estos incentivos deben ser compatibles con los ciclos de explotación o de otro modo todos los particulares seguirán optando por cultivos de crecimiento rápido.

GESTIÓN FORESTAL COLECTIVA

Las administraciones tienen que estimular la agrupación de propietarios y dotarles de capacidad técnica para promover programas de gestión comunes y rentables a escala del paisaje. En Portugal, la creación de Zonas de Intervención Forestal (ZIF) pretendió responder a este desafío, pero su funcionamiento ha estado lejos del ideal y necesita ser revisado y mejorado.

REVITALIZAR EL MEDIO RURAL

Los gobiernos y las administraciones regionales deben revertir la alarmante tendencia de abandono con políticas efectivas de desarrollo rural que fijen población, generen empleo y apoyen la producción sostenible, extensiva y de calidad.

ASUMIR EL RIESGO Y AUTOPROTEGERSE

La población debe asumir la responsabilidad que comporta vivir en el monte y cumplir la normativa que exige aplicar planes de autoprotección encaminados a proteger su propiedad, disminuir la posible propagación del incendio hacia otras propiedades y garantizar la seguridad a los dispositivos de extinción. Además, debe saber cómo actuar en caso de incendio. La experiencia demuestra que la improvisación empeora la situación y acarrea más peligros.

REDUCIR LA ALTA SINIESTRALIDAD: ACABAR CON LA IMPUNIDAD

Conocer las causas y las motivaciones. Las administraciones regionales deben incrementar los esfuerzos en investigación de las causas y motivaciones de los incendios para adaptar las soluciones de una forma más efectiva a los conflictos sociales reales y lograr que aquellos incendios de causas evitables no se inicien.

Condenar y sancionar. Las administraciones regionales y los gobiernos de ambos países tienen que mejorar la eficiencia en la identificación de causantes, así como en la aplicación efectiva y ejemplar de sanciones y condenas para disuadir a quienes están detrás de los incendios y terminar con la actual impunidad.

Prevención social. Las administraciones autonómicas deben poner en marcha programas de intervención social adaptados a los conflictos del territorio, como el exitoso Plan 42 de Castilla y León, paralizado durante más de 5 años y reactivado recientemente, aunque en apenas cinco municipios del Bierzo. Estos programas deben estar basados en ofrecer alternativas al uso indiscriminado del fuego como herramienta agroganadera.

COMBATIR EL CAMBIO CLIMÁTICO

Transición energética hacia un modelo eficiente y renovable: Los gobiernos de ambos países debe acelerar la transición energética hacia un futuro libre de combustibles fósiles, como el carbón, el petróleo o el gas, con políticas de fomento de las renovables y del ahorro energético mucho más ambiciosas.

Conocer a dónde vamos. Los gobiernos de ambos países, en colaboración con las administraciones regionales, debe desarrollar escenarios climáticos específicos para las distintas regiones y diseñar medidas de adaptación para ellas. Además pedimos la adecuada conservación de los bosques para incrementar la absorción de emisiones y contribuir de manera adicional a la mitigación del cambio climático.



OCTAVIO PASSOS@FELAFOTOTECA.COM •

Baiao, 11 de agosto de 2016.

El polvorín del noroeste en cifras

100%
RECICLADO



94%

de las urbanizaciones españolas no tienen planes de autoprotección

65%

del total de incendios en España se producen en el noroeste peninsular



+ 25%

ha crecido el tamaño de los GIF en la última década en España

94%

del total de incendios en 2017 se produjo en el noroeste peninsular



Por qué estamos aquí

Para detener la degradación del ambiente natural del planeta y construir un futuro en el cual los humanos convivan en armonía con la naturaleza.

www.wwf.es